

No me gusta.

No me gustan ni su olor ni su pinta. No me gustan sus zapatos. Y en caso de que le metiera un navajazo y me bebiera la sangre que manara de la herida abierta, seguro que tampoco me gustaría su sabor.

Pero Terry aconseja calma.

Por eso no le mato.

—Lo único que digo es que no puedes pedirnos algo a cambio de nada.

Terry asiente, apartándose de la cara las nubes de humo que le llegan del puro grueso del otro.

—Sin duda, sin duda.

El tío que no me gusta suelta otra nube de su puro barato.

—Si meto los Muelles en tu negocio, quiero saber qué sacan los míos. No he venido por mí, sino porque me han elegido representante. Son los miembros los que deciden y nunca deciden nada sin saber qué parte les va a tocar.

Terry tose tapándose la boca.

—Bueno, como yo digo siempre, esto se saca adelante, digamos, con la idea de que estamos trabajando para un bien mayor. La Sociedad no es, digamos, un clan en el sentido tradicional. No estamos dispuestos a eternizarnos porque sí. Tenemos metas. Lo nuestro es, y ya sé que no te descubro nada, lo nuestro es apoyar a

todos y cada uno de los infectados con el Virus. ¿Incluyendo a los que no pertenecen a la Sociedad? No lo dudes. ¿Significa eso que las metas se conseguirían mejor con un frente lo más unido posible? Por supuesto. O sea, sobre lo de traer los Muelles o no, algún día, cuando salgamos a la luz, tendréis vuestra recompensa, pero, tío, ahora mismo te aseguro que hay que echar mano de toda la ayuda posible.

El jefe de los Muelles asiente, recapacita, muerde la punta desgastada de su dominicano liado a mano y vuelve la mirada al matón que trae consigo.

—Me parece que aquí no hay una mierda para nosotros.

El matón se cambia el bate de hombro.

—Eso parece.

—Sí, parece que quiere algo a cambio de nada.

El matón muestra su acuerdo.

—Eso parece.

El jefe de los Muelles se quita el puro de la boca y lo utiliza para señalar a Terry.

—¿Es eso lo que quieres decir, Bird?

Terry une las palmas de las manos y se sostiene la barbilla con la punta de los dedos. Momento piadoso.

—Lo que trato de expresar es que hay algo para todos nosotros. Para mí, para ti, para ese hombre tuyo de ahí, para Joe, aquí a mi lado, para los tuyos, para la Sociedad, para los clanes y los Parias y hasta para la gente de la calle que no ha oído hablar del Virus en su vida. Yo hablo de convertir el mundo en un lugar abierto y maravilloso el día en que salgamos afuera y nos demos a conocer. Yo hablo de que hay algo para todos, para todas las personas que habitan la Madre Tierra, tío.

El matón levanta el dedo, como aprobando una moción.

—Sí, dice que no hay nada para nosotros.

El jefe de los Muelles echa el asiento hacia atrás, se levanta, arroja la brasa de la colilla al suelo y la aplasta con el pie.

—Anda, Gooch, coge a los chicos y vámonos echando leches.

Terry se levanta, encogiéndose de hombros.

—Bueno, reconozco que estoy decepcionado, pero no es la primera vez que nos rechazan.

Le tiende la mano.

—Sólo quiero que sepas que luchamos también por vosotros y que siempre que queráis uniros a la lucha, nos encantará teneros de nuestra parte.

El jefe de los Muelles mira a Terry de arriba abajo, desde las Birkenstocks, pasando por los vaqueros de cáñamo y la camiseta con la leyenda «*Prenda de piel = Asesinato*», hasta la cola de caballo canosa.

—Eres un esperpento, Bird. No queremos saber nada ni de ti ni de tus hippies ni de tus pijos universitarios ni de tus maricas, ni de nada.

Se saca uno de los puros que asoman por el bolsillo de la pechera de su traje barato, muerde la punta y la escupe a los pies de Terry.

—Y en cuanto vaya a ver a Predo, pienso contárselo todo.

Rasca una cerilla en la superficie de la mesa de la cocina e infunde nueve vida a su puro.

—Los Muelles son un clan serio. Si cruzamos el puente hasta aquí para ponernos de parte de alguien, ese alguien puede estar seguro de que tiene las espaldas guardadas, pero si pretendes no darnos nada a cambio, te vas al carajo. Predo sabe valorar las cosas. Él pagará.

Tira la cerilla.

—Coño, he venido sólo por curiosidad, para comprobar por mí mismo si era cierto eso que se dice por ahí de que uno de los mayores clanes de esta zona está dirigido por un mariquita.

Terry se pellizca la mosca que lleva debajo del labio.

—Bueno, si tú lo ves así es que lo ves así. A lo mejor es bueno que te arrimes a la Coalición. Ya ves, hombre, a pesar de todo yo sólo te deseo salud y felicidad.

El jefe de los Muelles pone los ojos en blanco y se dirige a la salida.

—Anda y que te jodan, Bird.

Terry me mira.

—¿Te importaría enseñarles la salida, Joe?

Abro la puerta.

—En absoluto.

Cierro a mis espaldas y acompaño al jefe y a Gooch por el vestíbulo hasta la habitación principal donde hacen antesala dos más de los suyos.

El jefe camina a mi lado.

—¿Qué cojones hace un tío con una pinta normal como la tuya con el payaso ese?

Me chasco un nudillo.

—Es un empleo.

Gooch se echa a reír.

—¿Un empleo? Espero que te paguen un ojo de la cara, porque vivir en esa jaula de grillos...

Me detengo en la puerta de la sala, con la mano en el tirador.

—¿Qué quieres que haga? Es lo que conozco.

—Pues qué mal.

—Si tú lo dices.

Abro la puerta y me aparto para que el jefe de los Muelles entre delante de mí.

Como es un gilipollas, se cuelga de rondón hasta que ve los cuerpos decapitados de sus hombres en el suelo y el hacha de bombero de Hurley que se balancea delante de sus narices. Aun así, se las compone para protegerse la cabeza con el brazo antes de recibir el hachazo.

Cuando el brazo cae al suelo y el hacha de Hurley viene de vuelta, el jefe se lleva la otra mano a la chaqueta, buscando el bulto de hierro del costado. Hurley aplica su golpe estilo Lou Gehring y el otro brazo sale por los aires y cae al suelo con la pistola.

El jefe se tambalea y astilla las tablas sobre las que Hurley ha extendido unos plásticos antes de empezar el trabajo. Da una patada al cuerpo de uno de sus escoltas descabezados.

—¡Jódete! ¡Marica inútil!

Está en el centro de la habitación. La sangre que rocían sus muñones se convierte poco a poco en un goteo lento y, a medida que el Virus la coagula, las heridas van cicatrizando a ojos vistas

Mira a Hurley y le lanza un escupitajo sanguinolento.

—¿Así que te especializas en putas emboscadas, maricón? Muy bien, no me das miedo.

Afianza los pies y levanta la cara con los ojos muy abiertos.

—¡Vamos, nenaza!

Hurley levanta el hacha por encima de su cabeza.

—Como tú quieras.

El jefe de los Muelles, que ha empezado a gritar al recibir el golpe, se calla en cuanto le parte la cabeza en dos.

¡Será capullo!

Tanto puro sólo le ha servido para no oler lo demás; si no, habría captado el tufo a sangre cuando le abrí la puerta de la cocina. Si hubiera advertido que iba a pasar algo, podría haberme hecho trizas en aquel pasillo estrecho. Otro motivo para amar el tabaco.

Gooch se inclina para mirar a su jefe tendido en el suelo y se retira a tiempo de que no le pille el último chorro de sangre arterial que salpica el techo. El cuerpo está inmóvil.

—Cristo, va a ser la leche limpiar esto.

De un tirón, Hurley arranca el hacha de la cara del jefe.

—¡Ayy, ya!

Gooch sigue señalando el estropicio.

—Yo no pienso ayudar. No habíamos quedado en eso.

Hurley limpia el filo del hacha en la pechera de la camisa del jefe, ve los puros y coge uno.

—Nadie ha dicho que limpieis nada, tú.

—Que quede claro.

Hurley, que ha encontrado una cerilla, la rasca con el pulgar y enciende el puro.

—Más que el agua, chaval.

Gooch señala los cuerpos con su bate.

—Entonces vosotros recogéis este laberinto y yo me voy a los Muelles y les cuento a los míos que nos hemos asociado.

Hurley observa el puro, arrugando la nariz, y lo arroja para que se apague haciendo *shiii* en la sangre del jefe.

—Chaval, viendo cómo os vendéis unos a otros, no necesito que nos limpieis los aseos.

Gooch, casi tan rápido como su amo, empuña el bate para bloquear en el aire el hacha, que en realidad no se ha movido del hombro de Hurley.

Le hago cosquillas en el lóbulo de la oreja con el cañón del revólver de su jefe.

—Oye, Gooch.
No se mueve.
—¿Sí?
—Me gusta esta jaula de grillos.
Y le meto una bala en el oído; luego, en el suelo, le obsequio con dos más.
Hurley sacude la cabeza.
—¿Y eso por qué, Joe?
—Por nada, por soplapollas.
Llega Terry por el pasillo y mira el desaguisado. Se quita las gafas e inclina la cabeza.
—Qué desperdicio.
Me pongo un Lucky en la boca.
—Si tú lo dices.
—La clase obrera es nuestra aliada natural. Habrían sido de gran ayuda.
—De gran ayuda para joderlo todo. Si esto es lo mejor que puede ofrecer Brooklyn, no hay mucho de qué preocuparse.
Terry se sube las gafas y me mira.
—Lo mejor no es el problema, Joe.
Se da media vuelta, en dirección a la cocina.
—Lo peor es lo que debe preocuparnos, y lo peor sigue al otro lado del puente.
Ya en la puerta, se vuelve.
—Pero vendrán.

Como no me sobran los problemas...

Como no basta con la inmundicia que cae a diario del cielo de Manhattan, ahora tengo que empezar a preocuparme de la que nos envían desde Brooklyn. Es lo que ocurre con los empleos fijos, que te comes la basura de otros, porque cuando quieres darte cuenta te llega hasta las orejas y ya sólo piensas en no abrir la puta boca.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Aparto la vista del cuadrado de linóleo que hay entre mis zapatos y me esfuerzo en sonreír, pero no me sale.

—No, cielo, es que estoy cansado.

—No tenías necesidad de venir.

—Pues claro que sí. ¿Qué otra cosa tengo que hacer?

—¡Muy halagador!

—No quería decir eso.

—Ya lo sé. Es broma.

Evie alarga la mano para coger la mía. El tubo del gotero se le engancha en el meñique y yo se lo libero para que no se enrede más.

—La de la mejilla ya tiene mejor pinta.

Aplica la punta de la lengua por dentro del carrillo para resaltar la primera mancha del sarcoma de Kaposi que le apareció en la piel.

—Sí, muy mona. Ahora sólo falta que se me quitan las treinta y seis restantes para estar como una rosa.

Entra una enfermera, que comprueba el estado del gotero y la vía del brazo de Evie, simula lo que seguramente era una sonrisa cuando empezó a trabajar y se marcha.

Evie me enseña los dientes.

—Ésta me gusta porque es delicada. No como las otras brujas.

—Toda una Florence Nightingale

—Sí, es la que me enseñó a utilizar los supositorios diuréticos y a interpretar la información visual y esas cosas.

Cierra la mano e introduce el dedo índice dentro del puño haciendo fuerza.

—Muy útil.

Luego se pasa la mano por lo que queda de su cabellera pelirroja y se lleva unos cuantos mechones entre los dedos.

—Me cago en la leche puta.

Miro a la señora que ocupa la otra cama de la habitación de reducidas dimensiones. Está leyendo el *Women's Wear Daily* mientras le inyectan su quimio, lleva un pañuelo a modo de turbante en la cabeza y hace lo imposible por no prestar atención a los tacos de Evie, seguramente preguntándose cuánto van a tardar en encontrarle otra habitación. Igualito que las dos anteriores.

—Me cago en mi puto pelo.

—Nena.

—Mi pelo, Joe.

—Ya lo sé.

—¿Por qué tengo que perderlo?

—Te han dicho que volverá a crecer.

Se sacude la mano en el borde de la cama y los mechones pelirrojos salen por el aire.

—Me cago en ellos. Me dijeron que la vinblastina surtiría efecto, que las llagas de la boca desaparecerían después de los dos primeros tratamientos, que sólo uno de cada diez pacientes sufría de estreñimiento, que tenía bien los glóbulos blancos antes de la quimio, que no me preocupara por la anemia porque bastaba con aumentar las transfusiones, que en una mujer sana como yo un VIH bien tratado no tenía por qué degenerar en sida. Me cago en ellos y en sus palabras. No saben una mierda.

Le hace un gesto a la señora.

—¿Qué, le parece que no tengo el sida? ¿Y a usted qué le dijeron? ¿Qué trolas le metieron antes de empezar el tratamiento?

La señora se sube la revista a la altura de la cara para tapar la visión de Evie, de la rojez brillante de sus tumores, de las calvas de la cabeza, de los dientes grisáceos.

—Nena.

—¿Qué pasa? ¿Estoy montando una escena? ¿Te avergüenzo, Joe? ¿No quieres que te vean conmigo? Pues te largas y ya está.

De pie, me inclino para besarla en la boca.

Sólo durante un segundo me devuelve el beso, luego se aparta.

—No.

Le acaricio una de las llagas que tiene en la comisura de los labios.

—¿Te duele?

—No, es que es asqueroso. Soy un monstruo.

—Ni por lo más remoto.

Y vuelvo a besarla.

Tose. Noto el sabor a bilis de su estómago vacío y el de la sangre de las úlceras que tiene en los pulmones.

De nuevo se aparta.

—La palangana, la palangana.

Le pongo delante la palangana de plástico, pero sólo le vienen dos arcadas improductivas.

—Me cago en la leche.

Aparto la palangana.

—No pasa nada, cielo.

Me mira.

—¡Claro que pasa! Estoy harta, harta de todo.

—Lo superarás, cielo.

—¿Seguro? ¿Lo superaré? ¡No me jodas!

Se tumba boca arriba. Habla al techo.

—Vete, Joe.

No me muevo.

Se vuelve a mí.

—Si no puedes hacer nada por mí, lárgate. ¿Tú crees que me siento mejor porque estés ahí, mirándome? ¿Te parece que me consuela verte arrastrar tu culo lastimero a mi alrededor? ¡Haz algo, coño, haz algo!

Me inclino para acariciarla, pero me rechaza de un manotazo.

—No me toques. ¿No dices que quieres hacer algo por mí? Pues hazlo. ¿De qué me sirves? Estoy enferma, me muero y tú te quedas ahí parado. Siempre estás ocupado con tu puñetero trabajo, pero por mí no puedes hacer nada, como no sea meterme más sangre en el cuerpo para seguir alimentando esta puta enfermedad. Tú no me ayudas.

Se ha sentado en la cama y el pijama se le escurre dejando ver el hombro huesudo y la piel pálida y pecosa.

Yo no me muevo.

Se arranca la vía del brazo.

—Al carajo. Esto no me mejora. Nada me sirve. Ni tú tampoco.

Me arroja la aguja goteante.

—Vete y haz algo. ¡Sálvame, coño, sálvame!

Entra la enfermera, comprueba el desbarajuste, sacude la cabeza y se dispone a ordenarlo.

Evie se deja caer de espaldas en las almohadas.

—¿Lo ves? Esta bruja por lo menos puede hacer algo. Recoge, me trae una bazofia que no como, y cuando puedo ir al váter, me limpia el culo.

La enfermera me indica la puerta con los ojos.

Miro los pies de Evie, que despuntan por debajo de la sábana.

—Mañana vuelvo.

Se tapa la cara con las manos.

—Dios mío, quiero estar sola. Por favor, déjame en paz. No me preguntes nada. No quiero hacer nada. No quiero pensar en nada nunca más. No tengo valor. Déjame, Joe, déjame morir en paz. Vete. Vete.

La enfermera me mira de frente y, poniéndome una mano en el hombro, señala la puerta.

Se me pasa por la mente cogerle la cabeza para retorcerle el cuello y escupirle mientras la asesino.

La señora de la otra cama, sin dejar de mover la cabeza, me mira por encima de su revista cuando salgo.

Ya en la calle, enciendo un Lucky y observo a la gente que va y viene. Vuelven a casa después de una larga jornada de trabajo o salen porque es noche de viernes. Todo normal. Cosas normales que Evie no puede hacer ahora.

Me dan ganas de matarlos.

No porque cambiara nada para mi novia, que está allá arriba, en la planta de los enfermos de sida del Beth Israel, pero yo me desahogaría. Para mí, un muerto por cada célula suya invadida por la sangre envenenada supondría empezar a nivelar el mundo.

Claro que no me caracterizo por mi sentido de la proporción.

Oigo el rugido de una Harley aproximándose al bordillo, cuyo conductor, vestido de cuero de los pies a la cabeza, se lleva la mano al ala de un sombrero de copa.

—Joe.

Estoy mirando a un tío que pasa con su novia del brazo. Van riéndose a lo tonto de alguna chorrada que les parece graciosa. Paso de preguntarme qué es lo que tiene tanta gracia y me dirijo a Christian.

—¿Qué ocurre?

Se quita las gafas de aviador, que ahora le cuelgan del cuello.

—Hay que echar un vistazo por debajo de Houston.

—Fuera de mi terreno.

Christian acepta el cigarrillo que le ofrezco. Chasco mi Zippo y le sostengo la llama.

—No por mucho tiempo, según he oído.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que todo el mundo sabe que Terry anda en conversaciones con tíos del otro lado del puente, que esa gente de puente y de túnel empieza a entrar en la Sociedad. Bird tendrá que encontrarles una parcelita.

—¿Dónde lo has oído?

Sonríe.

—¿De verdad crees que Bird puede actuar tan cerca de Pike Street sin que mis chicos y yo nos enteremos?

—Pues, aun así, yo sólo me dedico a los negocios de la Sociedad.

Da una calada.

—¿Volvemos a las andadas, Joe?

Es una pregunta tonta.

Volvemos a la noche en que le recogí de la acera después de que los del Muro de Chinatown trituraran a toda su banda y le dejaran allí medio muerto. Un idiota le cortó una vena, le sangró y luego le metió sangre de la suya, pensando que sería curioso no matarle para ver si el Virus progresaba dentro manteniéndole vivo. Bueno, vivo o lo más parecido. El tonto del culo se debió de figurar que si Christian moría no importaba, no pasaba nada, pero que en caso de que viviera alucinaría, se volvería loco pensando en qué podía haberles ocurrido a los suyos y sería capaz de matarse él mismo. Divinamente. No se figuraba que yo aparecería en escena, haría lo que se debe hacer y arreglaría los destrozos antes de que algún civil o algún policía se encontrara a Christian aún pataleando.

Yo podría haberle desangrado del todo y arrojarle después al East River. Otro flotador para la pesca del barco patrulla. Pero hubo un tiempo en el que habrían podido hacerme a mí la misma jugada y me vi obligado a compensar. Me propuse levantarle, instruirle sobre el Virus y dejar que jugara a su estilo.

Bueno, el caso es que le puse al día sobre el Virus que crecía en su interior; le dije que te mantiene fuerte, enérgico, rápido y, la verdad, bastante joven, siempre que lo alimentes.

Preguntó lo que suele preguntarse.

Le respondí lo que suele responderse.

Sangre humana. Cuanta más, mejor.

Luego le di un poco y le gustó. No te digo, como a todos; lo que pasa es que algunos no pueden soportar la *idea* de que nos guste y de lo que hacemos para obtenerla.

Drena toda las venas que puedas. Saca sólo lo necesario y deja a tus espaldas lo que parece la víctima de un atraco o un yonqui hasta las cejas. Hazte con algunos bancos de sangre, compra varios MIR, merodea por los hospitales. Búscate una Lucy cariñosa que se abra las venas para ti siempre que pueda porque le gusta que la utilicen. Lámete tus propias muñecas abiertas o chupa una rata decapitada y maréate como un hombre que ha tragado agua de mar. Haz de todo para evitar eso que no quieres hacer, pero que tarde o temprano harás.

Y una vez hecho, cuando hayas abierto la piel cálida y sana y sientas los borbotones de sangre viva y caliente en el dorso de la lengua, te preguntarás cómo has podido esperar tanto.

Y maldecirás lo mucho que tienes que esperar hasta la próxima, pues, por pocos que seamos, siempre resultamos demasiados. Si todos agujereáramos ciudadanos cada vez que nos vemos apurados, esta isla sería un matadero y saltaría la liebre.

Se enterarían de que estamos aquí, la gente normal sabría el peligro que acecha su vida y no duraríamos ni una noche más.

Nos expondrían al sol.

Y cuando al Virus le da el sol, hace con su anfitrión cosas que a mi chica le parecerían un chiste.

Pero no, no tienen ninguna gracia.

Mientras fumo y contemplo a Christian, recuerdo cómo se las compuso cuando al fin se sostuvo en pie. Encontró lo que quedaba de su banda, los Barrenderos, infectó a una pareja, que a su vez infectó a otra. Varios meses después, cuando ya todos lo compartían, se subieron a sus Harley-Davidson y atacaron a los del Muro. Matanza no es la palabra. No tengo ninguna para nombrar lo que montaron allá abajo, en Chinatown, pero ahora los Barrenderos dominan Pike Street.

No se les ha reconocido como clan, pero sólo se están quietos cuando no les tocan las narices. Y nadie se atreve.

Arrojo la colilla al tráfico.

—Sí, volvemos a las andadas.

Se encaja las gafas de aviador.

—Entonces créeme, lo que te voy a enseñar nos atañe a todos.

Me subo al asiento trasero.

—¿Adónde vamos?

—Rivington con Essex.

Coloco los pies en el estribo de las chicas.

—¿No es donde el Hombre de los Caramelos?

Tamborilea con los dedos en el cambio.

—Sí, el mismo que viste y calza.

Y me lleva de excursión por debajo de Houston.

El local apesta a sangre, amoniacos y dulces.

—¿Qué te parece, Joe?

—¿Qué me parece?

Vuelvo a mirar al pobre patán diseminado por el suelo: brazos, piernas, manos, pies, un torso seccionado, una cabeza cortada, todo colocadito en su sitio, sólo que separado por varios centímetros.

—Creo que tenemos un puto Van Helsing entre manos.

Christian se palmea las mejillas y abre mucho los ojos.

—¿Un Van Helsing? ¿Tú crees?

En una esquina del local hay un enorme refrigerador Maytag blanco con el tirador embadurnado de sangre, la misma que sale de la parte baja precintada y encharca el suelo.

—No te hagas el listo, Christian. A la gente no le gustan los listos.

—Mira quién habla.

Agarro el tirador plateado y la sangre que sale del precinto hace un ruidito, los dos trozos de papel atrapamoscas se despegan uno de otro.

Hay dos docenas de bolsas de sangre rajadas, cuyo contenido se derrama por las repisas de acero inoxidable y chorrea hasta el suelo.

Christian se acerca.

—¿Se ha salvado algo?

Le alargo una de las bolsas.

Huele el amoniacos, el mismo que han vertido por todo el local.

La suelta.

—Esto es jodido. ¿Qué pensaba, que el amoniaco nos daña?
Paso el dedo índice por la sangre.

—Puede causar un dolor de estómago de la leche. Si no estuviera envenenada, ahora mismo me ponía a limpiar la nevera a lametazos.

Se empuja el sombrero de copa hacia atrás.

—Anda, claro, y yo.

Lo piensa mejor.

—Aun así, valdría la pena un poco de dolor a cambio de un sorbito.

Huelo la sangre de la yema de mi dedo.

—No te sentaría bien, el amoniaco la estropea. Al Virus no le gusta.

—¡Qué rabia! —exclama, dando una patada al refrigerador.

Me limpio el dedo en un trozo de periódico viejo que saco de un montón que hay debajo de la escalera.

—¿No hueles algo?

Abre las aletas de la nariz, respira y se pone a hacer visajes.

—El amoniaco lo cubre todo. ¿Y tú?

Niego con la cabeza. Llevo todo el rato husmeando como un sabueso sin conseguir un rastro válido de quién lo hizo. La mezcla de lo que antes eran las tripas de Salomón con el amoniaco y el surtido de la abarrotada tienda destruyen los olores a sudor y a piel humana, mucho más sutiles. Si hubiera tomado hoy algo de sangre, el Virus estaría fuerte y me habría aguzado los sentidos, pero no ha sido así. Y Salomón me está dando mucha hambre.

Muevo la cabeza que está en el suelo con la punta del pie y la observo mecerse a un lado y a otro.

—¿Cuándo lo encontraste?

También Christian mueve con la punta del pie una parte del intestino que se desborda.

—Swineheart y Tenderhooks se pasaron por aquí después de la puesta de sol para pillar algo. No sabían que la tienda cerraba por la fiesta del sábado judío y sacudieron la puerta un buen rato antes de dar la vuelta por el callejón trasero y llamar por la trampilla. Olieron la sangre, descerrajaron la puerta y entraron. Al ver el desastre perdieron los estribos y vinieron a buscarme.

Fisgoneo algunas cajas, las cambio de sitio, buscando sabe Dios qué. Al moverlas exhalan el olor a colorante rosa azucarado.

—¿Swineheart y Tenderhooks perdieron los estribos?

Christian señala el cadáver.

—¿Por esta carnicería? Puedes estar seguro. ¿A quién le gusta toparse con un Van Helsing?

A nadie, por supuesto.

¿Toparse con un niño que una vez estuvo donde no debía, en el momento menos oportuno, que salvó el pellejo y decidió declarar la guerra a los no muertos y que se pasa la vida persiguiéndote armado de agua bendita, de ajos y de crucifijos? Eso ningún problema, porque lo que pasa es que el agua bendita te moja, el ajo da mal aliento y un crucifijo es sólo un palo con un individuo clavado a él. Nada del otro mundo. Si te sigue un Van Helsing de éstos, basta con que te lo llesves a un rincón oscuro y le retuerzas el pescuezo. Después, todo consiste en cuánta sangre suya te vas a beber y cuánta sacas y mezclas con un agente anticoagulante para bebértela más tarde.

Ahora bien, ¿un Van Helsing de verdad? Eso es harina de otro costal. Un Van Helsing auténtico sabe que se puede acabar con un vampiro como se puede acabar con cualquiera e incluso mejor. A un vampiro bien alimentado no le apetece que le metan una bala en la pierna, pero eso no basta para detenerlo a no ser que le acierten en la arteria femoral y se desangre antes de tajar el agujero con un dedo para dar tiempo a que cicatrice. Y cicatriza; rápidamente además. ¿Lo sabe un Van Helsing? ¿Sabe meter una bala de gran calibre en la cara, el cuello o el pecho de un vampiro? ¿O cortarle la cabeza? ¿O estrangularle el tiempo necesario para dejar al cerebro sin oxígeno? ¿Tiene a mano una práctica bañera de cemento para plantarle los pies antes de arrojarle desde un puente? ¿O tiene un camión enorme para pasárselo varias veces sobre el cuerpo hecho trizas antes de que se cierren las heridas sangrantes o se vuelvan a unir los huesos? ¿Un Van Helsing que sepa lo débiles que nos volvemos cuando no estamos alimentados? ¿O lo vulnerables que somos al sol? ¿Que sepa rastrear nuestra comida, los índices más altos de atracos y de desapariciones misteriosas o los rumores que corren entre los vagabun-

dos y los borrachines? ¿Un Van Helsing digno de tal nombre? No, a nadie le apetece topárselo.

Vuelvo a poner en su sitio dos cajas de Sugar Daddys.

—Sí, nadie quiere encontrarse con uno, aunque no deja de tener su gracia.

Christian está observando el agujero que tiene el muerto en el pecho.

—¿Dónde está la gracia?

Empiezo a subir las escaleras que conducen al piso de arriba de la tienda.

—Es gracioso que un Van Helsing lleve a cabo un ritual de la vieja escuela, con decapitación, evisceración y todo el manual, y que el tío al que ha trinchado ni siquiera tuviera el Virus.

Christian viene detrás de mí.

—Ya, eso pensaba yo.

Indica el cadáver agitando el pulgar.

—El viejo Salomón nunca tuvo suerte.

Al llegar arriba, nada más empujar la puerta entornada me da en la nariz el olor a nueces tostadas, a frutos secos, a caramelo, a chocolate, a jarabe de maíz alto con mucha fructosa, a colorante alimentario rojo número 5, a cacao puro, a azúcar refinado, a gelatina y a todas las existencias del Economy Candy Store.

—Sí, pero tenía una tienda de golosinas cojonuda.

Christian pasa detrás de un mostrador, mete la mano en un bote de cristal, saca un caramelo duro y se lo echa a la boca.

—Eso es verdad.

Bottle Caps, Big League Chew, Pop Rocks, Almond Joy, chicle para pompas Gold Mine, cigarrillos de caramelo, Pixy Stix, 100 Grand Bars, Chunkys y como doscientas variedades de dulces empaquetados. Y en los barriletes: anacardos tostados y crudos, cacahuetes, almendras, nueces del Brasil, pistachos y avellanas. Y en las cubetas de plástico: cerezas secas, orejones, anillos de manzana, melocotones y piña. Y extendidos sobre papel de cera dentro de las cajas de cristal en el frente de la abarrotada tienda: ladrillos de chocolate negro de Bélgica, tortuguitas de chocolate, caramelo y nueces tostadas, trufas blancas, pretzels bañados en chocolate, trocitos de fresa y gajitos de naranja.